

ENRIQUE ZARANDIETA

Escritores Místicos

DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Sus obras, su doctrina y sus formas literarias



TRABAJO PREMIADO

en los Juegos Florales organizados por

*"Diario de Alicante,"*

EL AÑO 1939



Tip. Progreso.  
Castellón, 41.—Alicante.

G-F 12257

DG CL

A

t. 143806

C. 1218111



R. 132751

# *Escritores místicos*

de los siglos XVI y XVII. Sus obras, su doctrina  
y sus formas literarias

*LEMA:*

"Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero  
que muero porque no muero ..

*Sta. Teresa de Jesús.*

## ESCUELA MISTICA

Una de las escuelas que se disputan la supremacía é importancia sobre las demás en los siglos XVI y XVII, en la época de oro de nuestra literatura, cuando las letras españolas alcanzan su desarrollo máximo y casi su perfeccionamiento completo, fué la mística.

Luchó la escuela mística, dentro de la lírica con las tendencias que representaban los italo hispanico con Boscán y Garcilaso á la cabeza, con aquella otra tradicional que diri-

gian Cristobal de Castillejo y Gregorio Silvestre y aun con aquella sevillana en que brilló Herrera y los grupos regionales á que esta dió lugar, y á todas aventajó y venció, conservandose su recuerdo en nuestro siglo como modelo de fluida armonia, buen decir y doctrina santa y pura.

Si Lope perfeccionó la dramática, sentando las bases de nuestro teatro nacional y Cervantes llevó la novela á un grado no superado, los misticos llevaron la lirica á un nivel que dificilmente alcanzaron los poetas en el pasar de los siglos.

Tiene esta escuela un caracter distintivo, una acentuada tendencia de despego á las cosas y afectos terrenales y un gran amor á Dios en el que cifran toda su felicidad.

Consecuencia lógica de la creencia que practican es su vida tranquila y santa por lo cual algunos de sus representantes han merecido de la Iglesia la adoración en sus altares.

Son los místicos personas tan embebecidas de amor purísimo á Dios, tan perfectas, de corazón tan sencillo, de sentimientos tan cristianos, de adoración tan acendrada á todas las cosas santas, que como término de

sus aspiraciones á ellos llegaron y forman en el santuario de nuestra religión, ejemplos de vida dedicadas por completo á la posesión del Amado.

Hechas estas ligerísimas observaciones he procurado exponer á los místicos por orden de importancia:

Fr. Luis de León, Sta. Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fr. Luis de Granada, y consideraré brevemente á otros dignos representantes de esta gran escuela por sus magníficas obras y bellos escritos.

### **Fr. Luis de León**

Entre los poetas ilustres, quizás el más ilustre de todos los de su tiempo, descuella Fr. Luis de León.

Nació en Belmonte del Tajo en 1528 de familia ilustre. Estudió en Salamanca, donde tomó el hábito de Agustino en 1544 y en 1561 obtuvo en pública oposición la cátedra de Sto. Tomás : después fué catedrático de Sagrada Escritura siendo grandemente estimado y venerado. Pero sus émulos, entre los cuales se distinguía el P. León de Castro, le acusaron y delataron á la Inquisición por

haber traducido el castellano y anotado el Cantar de los Cantares, sospechando de su ortodoxia. Largo fué el proceso por lo delicado del escrito y por las grandes influencias que había contrarias al insigne escritor; pero el Tribunal que lo tenía preso en Valladolid no faltó á las consideraciones debidas á tan docto varón; y aunque tarde le devolvió sus honores y cátedra, que desempeñó nuevamente y segun cuenta la tradición defraudando las esperanzas de los que acudieron creyendo se lamentaría de lo ocurrido; empezó sus explicaciones con la célebre frase: «Deciamos ayer...» que muestra cuan noble y generoso era su espiritual perdonar sus enemigos, Murió en 1591.

Fr. Luis de León que es uno de nuestros grandes prosistas, es también poeta lírico incomparable, doctísimo en las lenguas griegas y hebrea, así como en la latina, teólogo eminente y hablista consumado. Sus obras todas tanto las prosadas como las poéticas, llevan el sello de su grandísima instrucción é ingenio extraordinario.

Obras poéticas: Las obras poéticas de Fr. Luis están divididas por el mismo en tres libros; y como él decía en su dedicatoria

á D. Pedro Portocarrero, el 1.º contiene las composiciones originales y los otros dos las traducciones, el 2.º las profanas y el 3.º las sagradas.

En ellas se advierte, por algun desaliño que hay en la versificación, el poco aprecio que su insigne autor hizo de ellas; no las publicó en vida y tal vez hubieran desaparecido sin el cuidado de Quevedo que las dió á luz.

Conocidísimas son la mayor parte de las obras originales de Fr. Luis. Lo mismo las religiosas, que las morales ó filosóficas, le acreditan no ya de versificador sin rival sino de poeta de altísimo vuelo y de soberana inspiración. Su «Vida del Campo» inspirada en el «Beatus Ille.» de Horacio, ha llegado á ser popular en España; y lo merece por la sencillez y elegancia con que está escrita, habiendo en ella algunos toques energicos y briosos que contrastan admirablemente con la dulce suavidad de tonos.

La oda á «La noche serena», no es menos hermosa. Expresión fidelísima de las angustias del alma desterrada, que desde las miserias del mundo, suspira por las inmortales bellezas del cielo.

A. «Felipe Ruiz», se intitula otra de las magnificas odas de Fr. Luis. En ella expresa el tedio de la vida presente y el deseo del cielo; Fr. Luis siente las cadenas que le oprimian á la tierra y desea verse libre para volar al cielo y contemplar allí la virtud eterna en la cual ha de ver la verdad y harmonía de la creación.

En la oda «A la música», al mismo tiempo que acierta maravillosamente á describir el inefable sentimiento de este arte, verdaderamente divino, se eleva también á la contemplación de las cosas sobrenaturales, encontrando en las harmonías humanas un eco anticipado de las eternas.

Siempre en todas sus producciones se vé el creyente, el hombre de corazón limpio, el alma superior á todas las miserias de la vida, y todo expresado con una encantadora sencillez que no tiene igual. En ocasiones muestra Fr. Luis mayores arrebatos y entusiasmos como en su célebre oda á «La Ascension del Señor». Ni es para olvidada «La Profecía del Tajo», superior en movimiento y arrebato lírico á la magnífica de Horacio que le sirvió de modelo y que es causa de que la oda de Fr. Luis, tenga un caracter



mitológico que le quita algo de su hermosa naturalidad. La energía vibrante de la expresión, adquiere tonos que no parecen los mismos de la lira que canta las dulzuras del campo; y la feliz concisión de los opostrófes y epitetos; el movimiento y la vida que anima todas las estrofas; constituyen en esta poesía un acabado modelo del género. La cualidad saliente de Fr. Luis, la admirable con que en dos palabras pinta ó describe una escena de guerra ó una tempestad, brilla singularmente en esta oda.

Grandes elogios merece Fr. Luis, como traductor. Las églogas virgilianas, el libro primero de las Geórgicas, algunas de las mejores odas de Horacio, con otras poesías de Tibulo, Petrarca y Bembo, encuentran en él felicísimo interprete. También tradujo admirablemente algunas poesías sagradas, como el Miserere, el Salmo Super flumina, otros varios y trece capítulos del Libro de Job en tercetos. Conocedor profundo de la lengua hebrea, Fr. Luis hace olvidar que traduce, expresando con maravillosa fidelidad y grande inspiración los más hermosos conceptos de los Salmos.

He aquí algunas consideraciones como

poeta: Su estilo, es como él dice de las aves un cantar sabroso no aprendido; su sencillez que se hermana muy bien con la sublimidad, es verdaderamente inimitable y encantadora parece que en ocasiones sus palabras van de rechas al alma sin pasar por el oído y que el lenguaje se despoja de todo lo natural para ser expresión purísima del espíritu.

Para Fr. Luis la poesía es cosa santa, comunicación del aliento celestial y divino, inspirado por Dios á los hombres, para que con el movimiento y espíritu de ella levantarles al cielo de donde procede.

¡Hermosa doctrina, idea grande y fecunda que en sus inmortales canciones, llevó á la práctica el genio cristiano y creador de Fr. Luis de León!

Obras en prosa: Es también un escritor religioso de primer orden y un prosista elocuente y elegantísimo.

Su obra «La Perfecta casada», es uno de los libros más bellos que se escribieron en España. Está dedicado á D<sup>a</sup> María de Osorio y previa una introducción, siguen 18 capítulos, cada uno de los cuales tiene por texto uno de los versículos del capítulo 31 de los Proverbios.

El gran maestro escribe siempre con sencillez y naturalidad, de manera que puede ser fácilmente entendido como el se lo propuso, por cualquiera mujer de regular entendimiento. Aunque el tono dominante es templado y el estilo sencillo, el lenguaje es elocuente por todas partes y por sus páginas palpita la vida y se difunde un suave calor que hace la lectura tan interesante como instructiva y amena.

Muy notable es la intitulada «Nombres de Cristo». A la manera de Platón, expone su doctrina en diálogos y empieza diciendo que tres amigos cuyos nombres calla, reunidos en una huerta de Salamanca discurren sobre los nombres que se dan á Cristo, como esposo, brazo de Dios, Amado, etc., etc. Todos estos discursos ó diálogos forman un tratado de teología, de mística y de filosofía, magistralmente escrito, con una claridad, con tonos tan suaves y delicados, con una expresión tan nueva y pintoresca que no tienen superior en nuestra literatura.

La traducción y comentarios del «Cantar de los Cantares», es otro hermoso tratado de Fr. Luis, en el que comenta extensamente y

explica el sentido místico del divino epitalamio. Aquí hace gala el maestro León de sus grandes conocimientos filológicos y se enseña a reír de la lengua castellana haciéndola servir para la explicación de las más altas verdades y del más espiritual sentimiento.

No menos bella es «La traducción y exposición del libro de Job», en la cual no solo vierte al castellano más correcto y elegante el libro bíblico, sino que comenta todos sus versículos, formando un hermoso tratado de mística.

### ***Santa Teresa de Jesús***

En la histórica ciudad de Avila vió la luz esta mujer extraordinaria, el día 24 Marzo de 1515, de padres cristianos, fué desde niña dedicada á la piedad. Más luego, entretenida en frívolas conversaciones y en la lectura de libros de caballería se entibió su espíritu y llegó á aficionarse tanto á las lecturas mundanas, que á la edad de 14 años escribió una novela caballeresca.

Jamás, sin embargo, llegó á ofender gravemente á Dios, conservando su pureza virginal en medio de la disipación de espíritu.

En el año 1531 á los 16 años de edad, entró en el convento de Agustinas de Avila, profesando después en el de la Encarnación en 1534.

Con varias alternativas siguió la Santa, hasta que recibiendo de Dios favores señalados, como ella misma dice y entiende, sobrenaturales visiones y divinos éxtasis, fué cada vez creciendo su santidad y virtudes hasta ser un humanado serafín. Mujer andariega la llamaban algunos, dudando de la vocación que la movía á la reforma en unión de San Juan de la Cruz en la orden del Carmelo, pero triunfó de todos los ataques, descansando santamente en el Señor el día 20 de Septiembre de 1582 en su querido convento de Alba de Tormes.

Desde aquel mismo instante, aun los que se habían burlado de ella ó la habían combatido, se deshicieron en elogios de la virtud y talento de aquella singularísima mujer.

Creció por todas partes el entusiasmo que sus virtudes y obras inspiraba y se entabló inmediatamente el proceso de la beatificación, concediéndole la Santa Sede los honores de los altares el 24 de Abril de 1614 y siendo

solemnemente beatificada, mejor dicho, canonizada el 12 de Marzo de 1622.

Obras de Sta. Teresa: En cuatro partes distribuye La Fuente las obras. Libros históricos (su vida; Relaciones espirituales y Fundaciones); Primitivas constitucionales (Avisos y visitas de conventos); Doctrinales (Camino de Perfección; Conceptos del amor de Dios y las Moradas); y Poéticas (Expansiones del alma á Dios; Glosa sobre el deseo de ver á Dios; canciones y villancicos).

La *Vida de Sta. Teresa*, la escribió por orden de sus confesores y fué divulgada contra su voluntad. Es un libro selecto, bellísimo y por todos conceptos interesante, que rebosa candor y sencillez. Allí se muestran sin artificio todas las hermosas cualidades de la Santa, sus tentaciones, sus tribulaciones y las grandes mercedes con que Dios la favoreció. No es posible hallar en literatura alguna libro más ingenuo, más sencillo, y más candoroso.

Este es el principal, el incomparable encanto que tiene la *Vida de Sta. Teresa*. Parece que al leerlo, embebecidos por un lenguaje tan familiar, tan suave y tan expresivo, no nos fijamos en cualidad alguna literaria,

atentos solamente á contemplar las perfecciones sobrehumanas de aquel alma tan limpia, de aquel entendimiento tan penetrante, de aquel corazón tan inflamado en el amor divino.

Y por todas las páginas de este libro fluye la más abundante y pura doctrina de piedad y de amor, resultando sin haberlo pretendido su autora, un profundo tratado de devoción y de mística.

Entre los libros espirituales sobresale el «Castillo interior ó las Moradas», considerado por los críticos como la obra maestra de la Santa. No es posible analizar detenidamente este gran libro de mística, que empezando por discurrir acerca de la hermosura y dignidad del alma humana y la fealdad del pecado sigue paso á paso los esfuerzos y alientos del alma que quiere desasirse del mundo y subir por grados en la oración hasta la íntima y completa unión con el Divino Esposo. Maravillosa es la manera con que Sta. Teresa explica los efectos de la gracia en el alma humana, las distintas especies de oración y los extraordinarios favores que mediante ella concede Dios á sus escogidos; como quien lo ha experimentado, habla del arrebatamiento ó

éxtasis en términos tan precisos y claros, que parece trata de otra materia más al alcance del comun sentir y pensar y es admirable con qué sutil ingenio discurre acerca de las potencias y facultades del alma y de todo el mundo espiritual y sobrenatural. El estilo de las Moradas es más correcto que el de las otras obras de la Santa, quizás por que lo escribió en la edad madura, y con alguna más tranquilidad que la mayor parte de las otras, pero si hemos de decir lo que sentimos no por eso nos parece más bella, pues como indicaba Fr. Luis de León, las mismas incorrecciones y faltas de sintaxis que hay en otros escritos tienen una gracia y un encanto particular, que más bien les añaden que le quitan hermosura; sin duda, porque la misma sencillez y abandono con que la Santa escribía, á veces con tan excesiva rapidez que se maravillaban sus hermanos, son pruebas del candor de su alma y de la inefable sencillez de su corazón, que es lo que principalmente admira y enamora en sus escritos, que solo puede gozarse verdaderamente participando de la fé y de los sentimientos de su autora.

El «Camino de perfección», libro de gran



doctrina y completo tratado de las virtudes; «Las Exclamaciones» verdadero tratado lírico en prosa, en las cuales cada palabra es una sentencia.

Su incomparable «Epistolario», joya apreciabilísima de la literatura española.

Sus Cartas dirigidas á toda clase de personas, reyes, príncipes, prelados, religiosos, hombres de siglo, tratan de toda clase de asuntos desde los más triviales hasta los más graves y siempre con una naturalidad, una vida y un calor tan suave que no hay palabras con que encarecerlas debidamente.

Hé aquí el juicio crítico de sus obras por Fr. Luis de León: En las escrituras y libros, dice, sin duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplar rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que lo hace excede á muchos ingenios; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena composición de las palabras, y en la elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ella se iguale. Y no dudo que habla el Espíritu Santo en ella, en muchos lugares y que la regía la pluma

y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende sus palabras en el corazón que las lee; que dejados á parte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos escritos, dos son á su parecer, los que más eficacia hacen: uno facilitar al ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro encenderlos en el amor de ella y de Dios.

Y después cuando habla de algunas copias alteradas que circulaban de los escritos de la Santa dice: Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en que Dios vivía y que se presume la movia á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y errer muy feo querer enmendar las palabras, por que si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.

Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refián

### **San Juan de la Cruz**

Entre los escritores místicos ocupa lugar eminente San Juan de la Cruz. Este hombre también extraordinario conocido con el nombre del Doctor Extático, se llamaba Juan de Yepes.

Nació en Oativeros en 1542, huérfano muy pronto, halló protección en Alonso Alvarez de Toledo y profesó en el Convento de Carmelitas Descalzos de Medina del Campo, estudiando después en Salamanca. Santa Teresa de Jesús le pidió su cooperación para la reforma del Carmelo, obra que costó á ambos grandes trabajos y persecuciones.

Más tarde, fué nombrado Rector del Colegio de Baeza, prior del Convento de Granada y Vicario general de Andalucía en 1585. Retirado al desierto de la Peñueta (entre Baeza y Ubeda) murió en esta ciudad el 14 de Diciembre de 1591 y fué canonizado en 1664.

San Juan de la Cruz es el más original y oscuro de los místicos, por lo mismo que es el más elevado; su lenguaje no parece de la tierra y tiene algo de sobrehumano y misterioso: En general no va discurriendo por

grados sino que rápidamente y de una vez llegó á las más altas verdades; su doctrina consiste en proclamar que en la unión con Dios aun en esta vida está la perfección, pero que es preciso que el alma se purifique y desnude de todos sus afectos.

Su primer libro es el intitulado «Subida al monte Carmelo», precioso tratado de mística sobre el modo de llegar á profesar y sobre la unión del alma con Dios. Empieza con una canción bellísima en que el alma dice la ventura en pasar por la noche oscura de la fé, en desnudez y purgación suya á la unión del Amado. Va luego glosando algunas estrofas de la canción, en capítulos que explican por qué noche oscura ha de pasar el alma para ir á Dios. Es noche oscura porque ha de carecer de todos los gustos y apetitos del mundo, porque ha de vivir en la fé que es oscura al entendimiento, porque el mismo Dios que excita al entendimiento humano, es noche oscura en esta vida.

«Noche oscura del alma», es continuación del tratado anterior y empieza con los mismos versos, que luego vá comentando y declarando. Explica que la noche del sentido es vencer los vicios y pecados que es lo pri-

mero que hay que hacer en el camino de la perfección. Viene luego la noche oscura del espíritu que es el vencimiento de la constancia del alma y sus fuerzas é inclinaciones naturales para que el alma salga de sí y viva en Dios y explica los tormentos que en este estado siente el alma viendo claras sus miserias y la grandeza de Dios.

«El Cántico» espiritual entre el alma y Cristo, es obra también muy hermosa, como igualmente «La llama de amor viva», que empieza con cuatro estrofas y trata de la unión íntima con Dios y transformación del alma.

El lenguaje y el estilo de San Juan de la Cruz se resiste al análisis; para poder leerlos hay que sentir como él; solo entonces podrá apreciarse la ternura y sublimidad grande de sus escritos y por esto Menéndez y Pelayo ha dicho: que solo pueden seguirle las águilas de la contemplación.

### *F. Luis de Granada*

Este gran maestro es el príncipe de la elocuencia sagrada española.

Nació en la ciudad del Genil en 1504, de

padres pobrísimos, pues su madre era lavandega y á la providencial coincidencia de tropezar el niño Luis con el conde de la Tendilla, debió su estudio y su educación.

Pronto se hizo sacerdote y profesó en la Orden de Santo Domingo, teniendo desde muy temprano reputación de grandísimo orador.

Cuentase que estando una vez en el púlpito, con el templo lleno de fieles, que entusiasmados escuchaban sus palabras, entró en la Iglesia una pobre viejecita que puguaba inútilmente por pasar; el predicador ya insigne dijo: Dejádla pasar, es mi madre.

Fr. Luis estuvo en el colegio de Valladolid, volviendo poco después á su pueblo y por fin volvió á Portugal donde fué provincial de su Orden. Murió á los 83 años en 1588, siendo enterrado en Lisboa con gran pompa y llanto general de los nobles y de la ciudad que comprendió había perdido un gran santo.

De todos los escritos de Fr. Luis los que le han granjeado más celebridad son los libros varios que compuso en lengua castellana.

El principal y más conocido, en el que sem

bró las semillas de lo que dijo en los demás tratados, es la «Guia de Pecadores», á la cual el mismo autor que la trabajó á la edad de 49 años, estando en Badajoz concedió la preferencia cuando decía entre sí: ¿es posible que yo hiciera este libro en Badajoz? buen cielo y clima debe ser el de esta ciudad.

La otra obra de igual mérito en la energía y fuerza de la expresión y superior á la Guia, en el estilo patético es las «Meditaciones» para los 7 días y noches de la semana. Son casi todas ellas unos discursos oratorios, los más excelentes que de este género han quedado en nuestra lengua. Sus dulces y afectuosas clausulas, avivadas con el resplandor de las más sublimes imágenes causan una emoción tan entrañable, de sentimiento tan profundo de compasión, pesar y tristeza que se duda que haya hombre que las lea sin derramar lágrimas.

Si el mismo Cicerón nos cuenta que jamás pudo leer sin verter lágrimas, el discurso famoso de Phedón en donde Platón refiere las postreras palabras y muerte de Socrates y si era tal aquel discurso que Catón antes de darse muerte lo leyó dos veces para esforzar su confianza en la inmortalidad, ¿qué efectos

no producirán ciertos pasajes de la obra en las almas de los verdaderos creyentes?

«La Introducción al Símbolo de la Fé» es otro de los grandes libros de este piadoso y fecundo escritor. Es el más copioso y de más sólida doctrina y condición y donde se descubre más gravedad, riqueza y propiedad de lenguaje castellano.

«Los trece sermones de las principales festividades de Jesucristo y su Santísima Madre» es otra de sus obras y aunque no son un ejemplo de perfección oratoria del púlpito, en el sermón del niño perdido, de la Resurrección y algun otro se leen algunos pasajes de muy suave y armoniosa dicción y de bellas y vivísimas imágenes.

El juicio de Capmany acerca de este gran místico es el siguiente: Considera que es Fr. Luis entre su clase lo que Bossuet entre los oradores: un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos; además dice: Jamás autor alguno ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Fr. Luis de Granada, quien parece descubrir á sus lectores las entrañas de la Divinidad; la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus imperfecciones. El Altísimo



anda en sus discursos como anda en el Universo dando à todas sus partes vida y movimiento.

Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia; cuando encarece su infinito amor y nuestra ingratitude y rebeldía, es grande, sublime, incomparable.

¿Quién ha hablado con más energía que él de las vanidades del mundo, y de las amarguras del moribundo; de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud; de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza?

Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana ¡cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos!

No solo vemos un estilo, claro, terso, y llano sino también locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes, y una dicción siempre pura, castiza y escogida.

### ***Paralelo entre Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León***

Como entre el mérito del estilo de Fr. Luis de León y de Fr. Luis de Granada, están vacilantes las opiniones, y la palma de la elocuencia algunos apasionados, al primero la disputan ó al menos con repugnancia la conceden al segundo, convendría que aquí hiciéramos un paralelo entre estos dos insignes escritores que sería el mejor medio de apreciar las particulares dotes de cada uno de ellos.

Este paralelo de Capmany dice: Por lo que puedo juzgar en general de la prosa del maestro León, hallo que sus pensamientos son menos vagos y comunes que los del Maestro Granada y ciertamente más poéticos. Sus símiles también más propios y expresivos, las comparaciones más nobles y adecuadas, y los contrastes estriban más en las ideas que en las palabras. En la elocución tiene más nervio y originalidad que Granada; pero tiene menos redondez, grandiosidad y dulzura. Sus pinceladas tienen más colorido y sombras más fuertes; bien

que no tanta corrección y asiento. En la grandeza y alteza de las ideas son iguales; pero León respira más fuego y menos artificio retórico. Sublime es también éste como Granada, pero más en las imágenes que en los sentimientos. Y como Granada exhortaba, persuadía y reprendía en sus escritos, por esto va derecho al corazón del lector: y esta es la causa de tener más unción, sobre todo en lo patético, que no pertenecía al género de escribir ni á los asuntos de León. Este no podía sentir tanto como Granada; pero pintaba con más vigor lo que sentía: y así hablaba más á los sentidos, porque se servía más de su imaginación rica y fecunda. Por último, he advertido que la pluma de Granada era más suelta, más ejercitada y su estilo más fácil y suave, pues el esmero particular que confiesa el mismo León que puso en la medida, peso y examen de cada palabra, se habia de sentir. Sin embargo, á pesar de este cuidado, únicamente consiguió dar cierto colorido á las frases; porque solo Granada fué criador de la armonía y elegancia castellana.

Mas los pensamientos de León son tan profundos y la expresión tan nueva, ó con

más propiedad tan suya, que su mismo estilo ha venido á ser su retrato y su divisa, que lo distingue, lo caracteriza y lo ha hecho hasta ahora inimitable. Es una librea con que no puede disfrazarse ningún otro escritor.

### **Otros representantes de esta escuela**

El V. Juan de Avila, conocido con el nombre del Apostol de Andalucía, escribió varias obras, tales como el «Tratado del Salmo Audi filia»; del Stmo. Sacramento, «Dos pláticas á sacerdotes», «Refundicion del estado eclesiástico» y «Anotacion del Concilio de Trento»; todas estas obras, de piedad y de doctrina; escribió también las «Cartas espirituales», que es lo mejor que de él nos ha quedado.

La doctrina de estas cartas son el desprecio del mundo y el amor á Dios. La fé es el gran bien de la vida, pero el amor aún vale más y la práctica de la oración es la vida en comunicación con Dios, es lo que puede hacer la felicidad del hombre.

El estilo del V. Avila se resiente de algún desaliño por la sencillez y prisa con que es-

cribía, sin pretender componer tratados de retórica, pero su lenguaje es castizo, fluido y, sobre todo, está lleno de unción y persuasiva elocuencia.

Fr. Juan de los Angeles, autor de los «Triunfos del Amor de Dios» y de los «D'aloyos del espiritual y secreto reino de Dios»; ha dicho el Sr. Menéndez y Pelayo, que «su oración es río de leche y miel», y estas obras son lo mejor que se ha escrito en literatura piadosa después de los «Nombres de Cristo».

Fr. Pedro Malon de Chaide es autor de un libro lleno de luces y colores titulado «La conversión de la Magdalena», de estilo un tanto retórico, pero tan dulce y agradable como el de aquella frase del mismo autor «Dios mezcló en sus obras un olor dulcísimo con el cual nos despertamos cada día». Tiene versos muy bellos.

Fr. Diego de Estrella es así mismo otro autor notable y digno de loa por su «Tratado de la vanidad del mundo», y más todavía por sus «Meditaciones del amor de Dios». No es tan analizador y profundo como Fray Juan de los Angeles, pero hay en él gran espontaneidad y ternura.

Fr. Hernando de Zárate, escribió un tratado de «La Paciencia cristiana». La misma erudición y ejemplos con que expone sus reflexiones, hacen algo malita la lectura de este libro, que por lo demás está escrito en lenguaje castizo y correcto que á veces degenera en trivial.

El P. Pedro de Rivadeneira, escribió la Vida de San Ignacio, la de San Francisco de Borja, y además puede colocarse entre los grandes escritores místicos por su hermoso «Tratado de la Tribulación» y por sus «Vidas de Cristo y de la Virgen María».

En el de la Tribulación, muéstrase como un gran teólogo y conocedor profundo del corazón humano, y pinta con mano maestra las adversidades de que está llena la vida, dándole esto ocasión para hacer atinadas reflexiones sobre el destino inmortal del hombre.

También son dignos de alabanza el «Tratado de perfección» del P. Alonso Rodríguez, y el bellissimo libro de Vieremberg «De la hermosura de Dios y de su amabilidad» y, en fin, sería no acabar nunca enumerar siquiera brevemente los escritores

místicos españoles del siglo de oro de nuestra literatura ó mejor dicho de los siglos XVI y XVII.

*Enrique Zarandieta.*

---











